

gresos y mesas redondas sobre el tema con bastante frecuencia y, además, las publicaciones han crecido en cantidad y calidad.

En relación con estos *Estudios de lingüística andina*, preciso es elogiar la doble perspectiva en el trabajo desarrollado: el español, lengua objetivo en varias investigaciones –concretamente en trece–, se convierte en lengua fuente en otras –en los diez últimos capítulos. Es decir que Germán de Granda llama la atención sobre el hecho, fehacientemente comprobado, de que los fenómenos de interferencia son recíprocos entre los sistemas lingüísticos que entran en contacto, cuando, de manera habitual, la investigación se ha centrado en analizar el influjo ejercido sobre el español por otras lenguas coexistentes con él. Enseñanzas, todas ellas, que abren un rico abanico de posibilidades al estudio de la variación lingüística en Hispanoamérica.

JOSÉ M. ENGUITA UTRILLA
Universidad de Zaragoza

BÉNÉDICTE VAUTHIER y PEDRO CÁTEDRA (eds.), *Mijaíl Bajtín en la encrucijada de la hermenéutica y las ciencias humanas*. Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas-Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, Salamanca, 2003; 211 pp.

Este libro reúne varias colaboraciones presentadas en un coloquio sobre Bajtín que tuvo lugar en Salamanca, en marzo de 2003, organizado por el Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas de la Universidad de Salamanca (SEMyR). Ya el título define la postura y tono de aquella reunión y, desde luego, del volumen: Bajtín se encuentra bajo un lente que permite verlo como un pensador *occidental*, lo cual, desde luego, es una toma de posición, porque es posible la óptica contraria. En los años setenta, por ejemplo, el filólogo L. Pinski propuso esta posibilidad, en un jovial retruécano, al afirmar que en su libro sobre Dostoievski, Bajtín ofrecía una concepción occidental del individuo, mientras que su libro sobre Rabelais se basaba en la idea rusa de congregación universal. En todo caso, el propósito expresado por los editores refleja la polarización entre el bajtinismo ruso, que ve en la obra del filósofo la quintaesencia del pensamiento ruso, y el occidental, que sistemáticamente reconoce en su obra la huella del pensamiento europeo.

Otra toma de partido en la organización del volumen es que –contrario a como procede tradicionalmente casi cualquier analista de habla hispana– se quiere que prevalezca el pensador sobre el crítico literario. Es ya prácticamente una tradición, debida ante todo a las peculiaridades de la difusión y recepción de la obra de Bajtín, sobre

todo en los países hispanohablantes, ver en Bajtún principalmente a un crítico literario, cuando se sabe que, muy al margen de su destino póstumo, Bajtún se concebía a sí mismo como filósofo, a pesar de la virtual imposibilidad de manifestarse como tal en las condiciones intelectuales de la Unión Soviética.

El libro ofrece ocho estudios, uno de ellos (el de Patrick Sériot), traducido del francés, los demás, escritos en español, pertenecen en su mayoría a estudiosos españoles algunos de los cuales, desde hace tiempo, trataron los temas de Bajtún como objeto del más serio examen. Entre ellos están Domingo Sánchez-Mesa, que hizo su tesis doctoral sobre la “estética de la responsabilidad” de Bajtún; Amalia Rodríguez Monroy, que hace tiempo estudia la relación del pensamiento de Bajtún con el psicoanálisis; Luis Beltrán Almería, que en sus libros ha dado un considerable espacio a Bajtún, etc.

Los bajtinistas de habla inglesa están integrados en un núcleo de estudiosos que suministran, desde hace tiempo, información sobre Bajtún —traducida del ruso por medio del Bakhtin Centre, en Sheffield—, y cuentan con gran número de trabajos específicos sobre diversos temas bajtinianos —en particular los filosóficos—; comparativamente, los ensayistas de otros países, a pesar de tener ideas muy interesantes y haber hecho contribuciones importantes a la aplicación de los conceptos bajtinianos a diferentes campos de las ciencias humanas, no toman en cuenta, en diversas ocasiones, información ofrecida si no en ruso, por lo menos en inglés. Es por eso que en algunos artículos encontramos afirmaciones acerca de la vida y obra de Bajtún hace tiempo superadas.

Por otra parte, algunas de esas afirmaciones ni siquiera pueden atribuirse a falta de información, sino al apego a una tradición inaugurada, a fines de los años sesenta, por Julia Kristeva, cuyas lapidarias opiniones acerca de Bajtún —expresadas, por ejemplo, en su prefacio a la *Poética de Dostoievski* en francés—, llegaron a considerarse como autoridad única. Según los investigadores rusos, sin embargo, la aproximación de Kristeva pecaba de una “exactitud de hasta al revés”. Mientras tanto, en 1997, se difundían en francés algunas “confesiones” de Kristeva acerca de aquella difusión inicial de Bajtún —que ella definitivamente había inaugurado—, y que no sólo ponían “los puntos sobre las íes”, sino que mostraban la condición aleatoria y contextual de algunas de sus primeras afirmaciones. De cualquier manera, Bénédicte Vauthier, coeditora del volumen y autora de una contribución, conoce la entrevista con Kristeva y ha elaborado las correspondientes conclusiones con la nueva información proporcionada por la estudiosa francesa de origen búlgaro.

Es más, Bénédicte Vauthier hace de su trabajo una respuesta destinada a ser réplica a alguno de estos lugares comunes sobre Bajtún que Patrick Sériot, el primero de los articulistas, concibe como funda-

mento de toda su propuesta. Su trabajo, “Bajtín en contexto: diálogo de voces e hibridación de lenguas (el problema de los límites)”, exhibe por epígrafe las siguientes palabras: “La relación entre el pensamiento científico y el contexto amplio en el que se desarrolla es un tema fascinante, casi irresistible”. El brillante trabajo de Patrick Sériot, lector informado, pero no exento de contradicciones él mismo (por las razones que perspicazmente señala Vauthier), pone de manifiesto esta resistencia a dejar de lado lugares comunes en torno a Bajtín. Expone muy justamente el problema de la diversidad de las recepciones de Bajtín debido a los distintos contextos ideológicos y nacionales desde donde se suele analizarlo (por ejemplo, el francés, el norteamericano o el ruso), pero a todas luces las atribuye a contradicciones de Bajtín (por ejemplo, el problema de la muerte del autor “visto desde el Occidente”, y el “personalismo” que afirma al autor, visto “desde el Este”).

La lectura “diseminatoria” de los franceses se debe, definitivamente, a la presentación de Kristeva, desde cuya aparición se atribuyó, de buen grado, el “dialogismo” a la tendencia de destruir la “metafísica de la presencia”; el ascendente de Kristeva sobre la recepción francesa, aunque reconocido por todos, está muy lejos de ser evaluado. Yo no miro exclusivamente “desde el Oeste”, pero me resulta evidente que la de Bajtín es una especie de “metafísica de la presencia”, si reivindicamos la metafísica de los atributos ofensivos que hasta el propio Bajtín le achacaba, y subrayamos el plano de simultaneidad, uno de los rasgos más destacados del pensamiento bajtiniano notados por Holquist. Bajtín pone en primer lugar al sujeto, al que propone examinar no sólo desde el plano social y psicológico, sino también desde el ontológico. Sériot busca un *air du temps* y un *air de lieu* en Bajtín, sin recurrir a la idea bajtiniana del cronotopo; no me parece adecuado juzgar a Bajtín omitiendo sus propias categorías.

En el primer apartado, siguiendo el trabajo de un lingüista italiano (Baggioni, 1986), Sériot señala que en la ciencia lingüística europea, durante el período de entreguerras, se perfiló una crisis del “objeto” y el paso paulatino de la lingüística de la “lengua” a la “lingüística” del “lenguaje”. Se trata, justamente, de lo que propuso Volóshinov¹ (si no heterónimo de Bajtín, destacado miembro del “círculo de Bajtín”) en 1929, Bajtín en 1934, Benveniste en 1938, etc. Bajtín rechaza la “lengua” como sistema, como el único objetivo de un análisis verbal, y se dirige a la totalidad del lenguaje, todavía no expurgado de las complejidades “heteróclitas”. No había que esperar a Baggioni para ver esto.

¹ Desde 1980, estoy tratando de interpretar a Volóshinov tomando en cuenta esta posición básica.

Dice Sériot: “Volóshinov ve la sociedad como una *intrusión* del exterior en el interior, como una reivindicación de socialización generalizada de todo lo que *antes pertenecía al ámbito del individuo*” (p. 35, el segundo énfasis es mío). Cabe preguntar: ¿antes de qué? Si vemos el legado filosófico del “círculo de Bajtín” sabemos que es imposible siquiera concebir ese antes: el punto de partida de la concepción del individuo es un “yo también soy”, un reconocimiento de que el mundo al que llega el *yo* está ya poblado de otros y, por tanto, no es posible hablar de intrusión en los dominios del individuo.

Sériot basa sus juicios en los textos cuya autoría rechazó Bajtín de manera explícita, como “La construcción del enunciado”, frente al *Marxismo y la filosofía del lenguaje*, texto respecto del cual, por lo menos, mostró aceptación en cuanto a “concepciones compartidas”. La aparición de la expresión *sobytie vyskazyvania* –acontecimiento del enunciado–, atestigua a favor de la autoría bajtiniana. No es una locución casual, remite al contexto de la filosofía del acto ético donde posee un sentido filosófico; la concepción del sujeto en ese contexto tiene connotaciones filosóficas características. Es una observación muy perspicaz la de que leemos a Bajtín por medio de las categorías de Benveniste (y habría que agregar, por medio de Gadamer, Kristeva, Barthes, etc.), pero equiparar la pragmática de Bajtín-Volóshinov con la de Austin ya no lo es tanto. Detrás del acto de Bajtín se encuentra toda una filosofía moral basada en la responsabilidad de la “no coartada en el ser”; los actos de habla de Austin son categorías semánticas.

El trabajo de Bénédicte Vauthier, al señalar los muchos obstáculos “refractantes” como la fragmentación de la obra, la ideologización, la insistencia en ver la aportación bajtiniana desde las reelaboraciones de teóricos del discurso y narratólogos muy posteriores, subraya que, en francés, la lectura de Bajtín se efectuó por medio de Kristeva, Jakobson, Todorov, lo que dejó una marca estructuralista/postestructuralista. La traducción del *Marxismo y la filosofía del lenguaje* al francés es ilegible, mientras que *El método formal en los estudios literarios* de Medvedev (otro cuasi heterónimo de Bajtín) no está traducido, hecho que se lee como intencional.

Vauthier ubica a Bajtín en un diálogo entre Husserl y Dilthey (tema de una investigación original de la autora), primeros interlocutores de Bajtín en la serie de las obras teóricas de los años veinte, y lo inscribe “en la estela de Dilthey” (p. 62), en la que la filosofía se presenta como una *Weltanschauung*, frente a un proyecto de filosofía como ciencia rigurosa de Husserl. En este ya de por sí complejo panorama, Vauthier inserta los ensayos sobre psicología freudiana, firmados por Volóshinov, como elementos importantes para comprender la arquitectura bajtiniana. La autora considera que la obra de Marx es otro elemento valioso en la configuración de dicha arquitectura, en relación con la teoría del enunciado. Esta auténtica en-

crucijada de la filosofía occidental de los últimos tres siglos en la obra de Bajtín debe complementarse con la presencia de Kant. La conclusión a la que llega Vauthier, al citar *Antropología desde el punto de vista pragmático de Kant*, es que “Bajtín ha redescubierto a través de sus análisis teóricos de los novelistas –y no los filósofos– lo que han puesto y ponen al descubierto mientras nos llevan a través del mundo de la ficción”.

Miquel Siguán retoma el tema de “Bajtín y la psicología”. Después de exponer concisamente los puntos de vista de Volóshinov sobre las relaciones entre lenguaje y psiquismo (por cierto, considera a Bajtín “marxista decidido”, p. 76; al mismo tiempo, hace una lúcida observación acerca de un aspecto de la concepción lingüística bajtiniana que rara vez se toma en cuenta sobre “la pluralidad de lenguajes que coexisten en cualquier sociedad: no sólo son distintos, sino que son mejores o peores”, p. 80), pasa a considerar la crisis de la psicología en los años treinta, que expone mediante la confrontación entre introspección y experimentación en las tendencias de la disciplina. Adelante, sintetiza el cambio de perspectiva en los estudios de Vygotski, quien, como Piaget, aunque con un notable cambio de acento, establece un vínculo entre pensamiento y lenguaje al relacionar la adquisición del lenguaje con el diálogo, aunque, precisa, “el carácter dialogal del lenguaje no se limita a su adquisición, sino que también el diálogo se interioriza y la conciencia implica la relación con otros” (p. 85). Señala, asimismo, la analogía entre la concepción de Volóshinov y la de Vygotski. Luego, traza la siguiente etapa en el desarrollo de la disciplina psicológica del siglo xx: la oposición entre el conductismo, que alguna vez predominó, y el cognitivismo, que marca el cambio del paradigma hacia 1959. Al indicar las limitaciones del cognitivismo de corte chomskiano, Siguán señala la productividad de las aportaciones de Bajtín y Vygotski para elaborar un enfoque del psiquismo más completo, “para alcanzar un modelo de la naturaleza del ser humano que permita decir a la vez que es el sujeto de sus acciones y que está abierto a los demás e incardinado en la sociedad no como algo añadido sino como algo que forma parte de su propia naturaleza e inserto en su conciencia” (p. 88).

Por último, Siguán pondera la afinidad de los puntos de vista bajtinianos acerca de la psicología y las ciencias humanas a la luz de la fenomenología husserliana y la hermenéutica de Gadamer. Realmente, se trata de un cotejo acertado, que coincide con los datos biográficos e históricos en el caso de Husserl, y que relaciona a Gadamer con Bajtín en una perspectiva justa. Al final, Siguán cuestiona el *status* científico-natural de la psicología sin disminuir el valor del saber que proporcionan las ciencias humanas.

Felipe Pereda, a pesar de dirigir su atención a una fracción pequeña del libro de Medvédev, *El método formal en los estudios literarios*,

proporciona material interesante que permite calibrar la breve incursión de este otro heterónimo de Bajtún (cuyo nombre, Medvédev, en la tradición peninsular, ha sido a menudo maltratado injustamente, aunque aquí no sucede) en el terreno de la historia del arte. Pereda reconstruye el debate en la historia del arte, que sirve de trasfondo al capítulo de Medvédev, y remite a las tendencias constructivistas en el temprano arte soviético, que le permiten ubicar el análisis de Medvédev en su justa dimensión. Lo interesante del resultado que arroja este cotejo es que Bajtún y/o Medvédev, siendo conservador(es) con respecto a las artes figurativas (con tendencia al “clasicismo”), en el terreno de las ciencias del lenguaje plantea(n) una clase de perspectivismo que ofrece un uso del punto de vista variado y considera la relación del hablante con su medio ambiente verbal.

Luis Beltrán Almería expone la utilidad del pensamiento literario de Bajtún en la construcción de una nueva historia literaria. Se dedica a desglosar también una pequeña parcela del pensamiento bajtiniano, en relación con el tópico, un breve artículo que constituye la “Respuesta a la pregunta de la revista *Novy Mir*”, de 1970. La corriente a la que Luis Beltrán opone a Bajtún es el nuevo historicismo de cuño foucaultiano, en cuyo seno supuestamente proliferaron las críticas al bajtinismo. (Es probable que Beltrán tenga en mente los trabajos del inglés Ken Hirschkop, entre una pléyade de críticos jóvenes.) En la lúcida visión del debate implícito entre el bajtinismo y el nuevo historicismo foucaultiano (pero anglosajón), Beltrán subraya la importancia que Bajtún otorga a la “extraposición” (exotopía) cultural para dar un balance más objetivo de los fenómenos literarios y culturales. Es una visión dinámica, porque ve en la cultura una unidad abierta a las futuras “extraposiciones”. Respecto al nuevo historicismo, su conclusión es inequívoca: “El nuevo historicismo, en vez de oponerse a esa tendencia a juzgar el pasado con el criterio del presente, lo canoniza” (p. 135). Beltrán señala varias aportaciones de Bajtún a una posible nueva historia literaria, sobre todo con respecto a la palabra en la novela. Ahora bien, no entiendo qué le impidió señalar, aunque en forma más breve, otros aspectos que pudieron contribuir asimismo a la construcción de dicha disciplina: la poética histórica (en *La poética de Dostoievski*), la arquitectónica (en *Autor y héroe* y en *La palabra en la novela*), la cronotopía (en *Formas del tiempo y del cronotopo...*), cada una de las cuales aporta una nueva dimensión al mismo problema. En cualquier caso, el artículo de Beltrán resulta sumamente iluminador.

Domingo Sánchez-Mesa, en “Interpretando a Bajtún: literatura y cultura de la responsabilidad”, se interroga acerca del lugar de Bajtún en el panorama de las ciencias humanas europeas. Conviene tener presente que el autor tiene en su haber un libro titulado *Literatura y cultura de la responsabilidad*, publicado en 1999. Al parecer, su deseo

es actualizar al máximo las ideas del pensador ruso en el contexto político europeo; Sánchez-Mesa se pregunta: “¿cuál es la relevancia de la teoría del dialogismo para un pensamiento sobre la cultura democrática?” (p. 145). En el análisis que Sánchez-Mesa hace de la crítica bajtiniana del neokantismo, me temo que tendré que discrepar en algunas definiciones (“Para Bajtín los valores son previos a la experiencia y se dan de forma emocional-volitiva”, p. 146). En este caso, ¿cómo puede ser válida la proposición de Bocharov, que Sánchez-Mesa hace suya, acerca de la ética bajtiniana: la ética no es fuente de los valores, sino el modo de relacionarse con los valores (cf. p. 145). En realidad, para Bocharov, esta exégesis no está decidida, y probablemente la sentencia de Sánchez-Mesa sería correcta para él, porque, para que funcione la máxima de Bocharov, los valores en Bajtín no han de ser previos al acto, sino venir del acto social e intersubjetivo (como, en efecto, se deduce de algunos pasajes de Bajtín y Volóshinov). Sólo que Bajtín pone por encima de los valores circunstanciales el juicio del “tercero”, mientras que para Volóshinov este aspecto es canalizado por el lenguaje mismo. Sánchez-Mesa identifica el monologismo con la falsa conciencia (siguiendo a Brandist), paso en el cual se deslindaría de Sériot, quien sostiene que a Bajtín le falta la concepción de la ideología como falsa conciencia. En otras ocasiones, retoma a P. Hitchcock y a K. Hirschkop, haciendo suyos los puntos de vista de los críticos anglosajones.

Hemos visto que Bajtín es cotejado permanentemente con diversos críticos literarios y pensadores; ese cotejo se hace aquí con un propósito político, en el que Sánchez-Mesa parece seguir la escuela inglesa del bajtinismo (en este caso, C. Brandist). Esta tendencia a politizar a Bajtín ha sido criticada por los bajtinistas rusos y los norteamericanos, mientras que la escuela inglesa, con la que el autor está tan familiarizado, reprocha a Bajtín la ausencia de interés por la política, a la que el filósofo se refirió, ciertamente, como “una esfera no tocada por la verdad”.

Una utilidad más encuentra Sánchez-Mesa a los conceptos bajtinianos, en otra parcela de su pensamiento, la de la cultura popular de la risa, a saber, en el cuerpo grotesco. Lo hace por medio de la superposición de la idea del cuerpo grotesco a los fenómenos de la era cibernética en la figura de *cyborg*, un cuerpo híbrido, mitad vivo, mitad cibernético. Sánchez-Mesa sugiere la desaparición del cuerpo en la dimensión cibernética –propiciada por la falta de contacto entre los cuerpos–, una desdialogización, por así decirlo, y analiza la búsqueda del cronotopo en la narrativa *ciberpunk*: “El cuerpo grotesco encuentra al cyborg, y en ese desplazamiento de la lógica de rentabilidad que moldea el imaginario de la globalidad post-capitalista, hallamos grietas y umbrales en los que ensayar estrategias de demora, de conocimiento real de nuestros objetos de estudio, de en-

cuentro realmente comprensivo con los prójimos y, por supuesto, con los alejados” (p. 166).

Amalia Rodríguez Monroy diserta sobre “La translingüística bajtiniana, o la vida más allá del texto”. Se trata de una crítica de la globalización que es a la vez una lectura lacaniana del carnaval de Bajtín; es una especie de soporte para las explicaciones lacanianas del presente más inmediato. El papel ancilar de Bajtín está a la vista. La autora trata de vincular la ética del discurso con el cuerpo, y al cuerpo lo asocia ante todo con el goce, preguntándose, por ejemplo, tras Volóshinov, si la comprensión y evaluación de la palabra en un “contexto real”, al remitir a aspectos extraverbales, ¿no se refiere “a lo real del cuerpo, a un goce que está más allá de la palabra, pero que surge de los efectos mismos de la palabra sobre el sujeto”? (p. 173). Aquí encontramos uno de los puntos en los que la recepción occidental de las ideas de Bajtín se distingue drásticamente de la rusa. Antes, hablando de Domingo Sánchez-Mesa, que a su vez sigue la escuela inglesa de bajtinismo, trataba la dimensión política como aquella para la que debe y puede servir el conjunto de las nociones bajtinianas; ahora, se apunta al discurso del psicoanálisis. Relaciona el predominio cada vez mayor de la pulsión de la muerte en la cultura contemporánea con la represión del “instinto”; establece nexos entre el lenguaje, como red simbólica, y “el circuito del deseo, la demanda de reconocimiento”, etc. (p. 175). La translingüística bajtiniana, que estrictamente hablando incluye todos los aspectos del lenguaje que la lingüística de cuño saussureano deja de lado, queda ubicada así entre los valores de la cultura (el lenguaje) y “la palabra viva” (*id.*).

En su crítica de la vida contemporánea señala la proliferación de lo imaginario en detrimento de lo simbólico, y la conversión de la vida en un siniestro carnaval atópico y acrónico, que pierde su dimensión simbólica y nos captura “en las redes de lo imaginario, de la pura ilusión, hermana del delirio” (p. 179). El carnaval bajtiniano, en cambio, propone, según Rodríguez Monroy, “buscar los modos de articular lo imaginario —el puro goce del cuerpo— con lo simbólico, con la palabra y su historicidad, sometido, eso sí, a un real imposible de articular” (p. 180).

El sujeto es el efecto del funcionamiento del significante, según la versión lacaniana; a partir de esta definición es muy fácil proclamar que Bajtín carece de una teoría del sujeto. No sé si la versión bajtiniana del sujeto, que es resultado de una interacción entre el yo y el otro, puede formar parte de una ecuación con la fórmula lacaniana. El contenido, o significado, en Bajtín, es el efecto relacional, es cierto; no obstante, la presencia permanente del Otro en el esquema lacaniano me provoca una seria duda acerca de la siguiente atribución de Rodríguez Monroy: “nuestra palabra es palabra referida siempre, y sólo en tanto es referida —proveniente del Otro y del otro—

es dialógica” (p. 182). La duda es seria porque la autora atribuye el *status* del Otro al otro vital y cotidiano (cf. p. 184); en Bajtín, si el Otro existe y es tomado en cuenta, es el Dios y Jesucristo del orden simbólico, y su lenguaje pertenece a “mundos diferentes”, no se homologa con el nuestro.

La intervención de Tomás Albaladejo, “Mijaíl Bajtín: poética/política y novela/ sociedad. El problema de la representación (notas en la literatura española)”, desarrolla los conceptos teóricos bajtinianos del análisis de la novela. Albaladejo pone a prueba el valor explicativo de los conceptos bajtinianos como la voz y el discurso sobre el material de la oratoria política representada en la novela. Este trabajo, lúcido y puntilloso, pone de manifiesto uno de los problemas a los que se enfrenta un investigador obligado a usar las traducciones de las obras del filósofo ruso que no tienen una terminología unificada o consensuada respecto de otras traducciones, a veces más solventes. Así, hemos perdido la pista a la ya generalizada “heteroglosia” o, en su defecto, “pluridiscursividad”, y tenemos que lidiar con “multiformidad social plurilingüe” y “pluralidad lingüístico-social”, que vienen de la versión francesa que Albaladejo usa. El problema es que en el trabajo correspondiente de Bajtín conviven “plurilingüismo” y “pluridiscursividad” por separado, señalando el primero la presencia, en la lengua nacional unificada, de elementos de otras lenguas (como adaptaciones del inglés al español mexicano, por ejemplo), mientras que el segundo significa la estratificación interna de una lengua nacional única tanto en dialectos como en sociolectos (horizontal y verticalmente). El concepto de “imagen” se aleja de su formulación transparente en el original y da en una más compleja ‘representación’, en la que no estoy segura si Bajtín se reconocería a sí mismo. Sería deseable uniformar el lenguaje técnico, pero, al fin y al cabo, se trata de una elección personal de cada investigador. No obstante, es posible reconocer que los problemas de representación sí se encuentran detrás de la ambivalente “imagen” bajtiniana.

En resumen, se trata de un libro, producto de una aproximación interdisciplinaria a la obra del filósofo ruso, que muestra las diferentes tendencias en la comprensión e interpretación de Bajtín en el ámbito hispánico, y en las distintas áreas y disciplinas del saber humanístico. Una valiosa contribución no sólo a los estudios bajtinianos, sino a la filología hispánica, que echa mano de conceptos bajtinianos, cada vez más, para renovar los tradicionalmente aceptados.

TATIANA BUBNOVA

Universidad Nacional Autónoma de México